

sabes quién fue ?

8

25 biografías anecdóticas de personajes ilustres



susaeta





TEODORICO

(455 - 526)

Apellidado el *Grande*, fue el rey más importante de la dinastía ostrogoda, entronizada en Italia a instancias de Zenón el *Isáurico*, emperador de Oriente. Monarca prudente y de gran sagacidad, Teodorico agrupó bajo su cetro a los pueblos bárbaros de Occidente, protegió la cultura y durante bastante tiempo, aun cuando fuese arriano, mantuvo cordiales relaciones con la iglesia católica. Hombre sobremanera práctico, no abrigaba prejuicios religiosos, ni siquiera para con sus más íntimos colaboradores, con tal de que fuesen eficaces. Tuvo, pues, entre ellos, uno de fe católica, pero que, afanoso de mejorar su imagen a los ojos del monarca, no vaciló en abjurar de sus creencias para abrazar al arrianismo.

Al enterarse, Teodorico se quedó pensativo. Luego dijo:

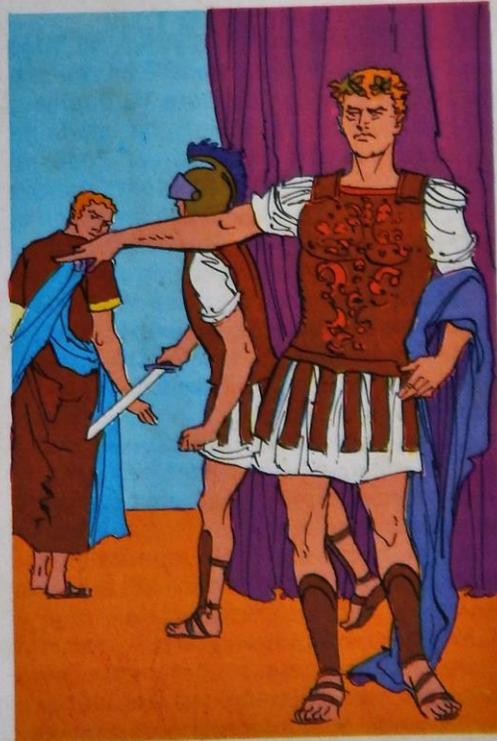
—Quien no ha sabido ser fiel a su Dios, ¿por qué ha de ser fiel a mí, que no soy más que un hombre?

Y ordenó que el "converso" fuese decapitado.

TIBERIO (Claudio Nerón)

(42 a. de J.C. - 37 de J.C.)

Tiberio, coetáneo de Jesucristo, fue hombre de una juventud desgraciada. Hijastro de Augusto, por imposición de éste hubo de renunciar a la mujer que amaba para desposarse con Julia, hija disoluta del emperador. Los primeros años de su reinado, sin embargo, gobernó con benignidad y eficacia. Luego, afectado por la muerte repentina de su



hijo adoptivo Germánico, endureció la política y, desde su retiro en la isla de Capua, ejerció un despotismo despiadado y sanguinario.

Un día, mientras presenciaba el paso del cortejo mortuario de un prócer romano, alguien gritó entre la concurrencia:

—¡Vete, oh, muerto, a decirle al gran Augusto que sus leyes ya no rigen entre nosotros!

Tiberio dio orden de que se capturase al insolente y cuando lo tuvo delante, le dijo fríamente:

—Mejor será que vayas tú mismo a decirle eso a Augusto.

Y dispuso que allí mismo se le diese muerte.

TOLSTOI (León, conde de)

(1828 - 1910)

León Nikolaievich Tolstoi, "el más grande los escritores rusos", en opinión de su colega y compatriota Turgueniev, vino al mundo con nobleza heredada de un antepasado a quien el zar Pedro el Grande había ennoblecido como premio a un descollante rasgo disciplinario en el servicio de las armas. También León, su sucesor, sería por algún tiempo militar distinguido. Después, apartado voluntariamente del ejército, se estableció en San Petersburgo y allí comenzó a escribir la magna obra que habría de inmortalizarle.

Casado con Sofía Andreievna y padre de 13 hijos, el autor de *Guerra y paz* sufrió, andando el tiempo, una profunda crisis de conciencia, de resultados de la cual, en 1882, se apartó repentinamente de su ámbito social para abrazar una forma de vida humilde, atormentada y llena de escrúpulos. Ejercía gratuitamente de zapatero remendón pero seguía acogido al techo familiar, aunque rechazando cualquier signo de riqueza.

2



Así, cierto día que un criado le sirvió un plato de fruta con hielo, lo rechazó, iracundo. A los gritos acudió Sofía Andreievna.

—¿Qué ocurre, León? ¿No te gusta? ¿Te parece mala?

—¡Sí, sí! —exclamó, descompuesto, el escritor—. Me parece mala, por demasiado buena.

TOULOUSE-LAUTREC (Enrique María)

(1864 - 1901)

Este pintor, uno de los más vigorosos del posimpresionismo francés, fue, en cierto modo, el resultado de dos desgraciados accidentes sufridos en la adolescencia. Cuando contaba apenas catorce años, se fracturó las piernas. Estas se le atrofiaron y el pequeño Enrique quedó condenado de por vida al enanismo. Tal tragedia iba a condicionar toda su vida,

pues si por un lado el obligado reposo le ayudó a encontrar el camino del arte, por otro, la amargura y el sentimiento de frustración del artista le empujaron a buscar las claves de la inspiración en los medios más sórdidos del París de su tiempo.

Enfangado en ese ambiente, donde era objeto, a partes iguales, de admiración y burla, desarrolló una sensibilidad agresiva, crispante y pronta siempre a devolver golpe por golpe.



De ahí que cuando un día, durante una fiesta, se hallaba rodeado de algunos invitados, hombres todos ellos altos y fornidos, y otro, que acababa de llegar, le dijo jocosamente que venía a salvarle, puesto que entre tanto gigante debía sentirse, sin duda, bastante empequeñecido, el ilustre enano respondió malignamente:

— Así es, en efecto, mi querido amigo. Me siento como una monedita de oro en medio de un montón de calderilla.



TRAJANO (Marco Ulpio)

(53 - 117)

Natural de Itálica, en España, Trajano, hijo adoptivo de Nerva, iba a ser el primer emperador romano de origen provincial, y su mandato, uno de los más fructíferos e innovadores que conoció el Imperio. Ensanchó las fronteras con valiosas conquistas, reformó el orden administrativo, impulsó las obras públicas, restableció la disciplina de los pretorianos y dictó, en fin, sabias providencias en favor de los agricultores pobres.

Era un hombre justo, honrado, enérgico y lleno de excelentes intenciones. Se opuso a la elevación de los impuestos, saneó la hacienda, dulcificó el rigor contra los cristianos y, en definitiva, mereció, con toda justicia, el apelativo de "Optimo", con que Plinio había de distinguirlo.



Aunque inclinado a la clemencia, con los delatores era inexorable. De modo que, cuando un día trajeron a su presencia una cuadrilla de ellos, ordenó que se dispusiese un navío, desprovisto de remos y velas, y que se arrojase en él a los soplones, abandonándole al garrote en alta mar.

Mientras se ejecutaban sus órdenes, comentó:

— Justo es que perezcan a manos del viento quienes del soplo han vivido.

TREZZO (Jácome)

(1514 - 1589)

Fue un prestigioso escultor y grabador en hueco, de procedencia italiana. Vino a España por mandato del gobernador de Milán, para ponerse al servicio de Felipe II, quien le encargó la construcción del tabernáculo, diseñado por

Herrera, que había de presidir el altar mayor de la capilla de El Escorial.

Aparte de esto, el rey le confiaba a menudo diversas tareas menores, como la compostura de relojes, que el artista, al parecer, cobraba tarde, mal y nunca. Tal demora acabó por disgustar tanto al italiano, que una de las veces que el monarca le mandó llamar no acudió a la cita. Se le envió un segundo aviso y tam-

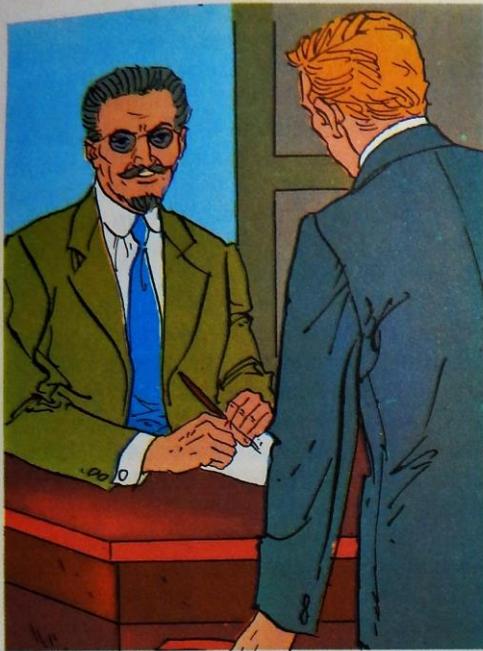


poco compareció. En vista de lo cual, el rey, muy enojado, dio orden a su guardia de que se lo trajesen de grado o por fuerza. Cuando al fin le tuvo en su presencia, le dijo con severidad:

— ¿Qué merece un criado que se resiste a la llamada de su señor?

Y Jácome Trezzo, ni corto ni perezoso, respondió:

— No menos, señor, que se le pague y se le despida.



TROTSKY (León)

(1877 - 1940)

Hijo de una acomodada familia judía, hizo sus estudios en Odesa, donde pronto comenzó a interesarse por los movimientos revolucionarios que sacudían al país. A causa de ello fue deportado a Siberia por dos veces, pero logró escapar e instalarse en Inglaterra con pasaporte falso bajo el seudónimo de Trotsky. En Londres colaboró activamente al lado de Lenin, y de regreso a su país, fue designado miembro del Soviet de San Petersburgo y más tarde, en plena revolución, erigido en artífice supremo del ejército popular que derrocaría la dinastía de los Romanoff.

Hombre de privilegiada inteligencia y gran laboriosidad, por los días de la Revolución se propuso levantarse sin falta a las cinco de la mañana. A tal fin, ordenó a su guardaespaldas que le despertase puntualmente a esa hora. Pero el

guardaespaldas, hombre bisoño y sumamente respetuoso con la figura del cabecilla, le expuso sus escrúpulos.

— La verdad es que no sabré cómo llamarle — le dijo —. No podré decirle señor porque señores ya no existen; llamarle camarada me parece excesivo, y en cuanto a sacudirle, francamente, no creo que me atreva.

Trotsky se echó a reír.

— Está bien — dispuso —. Pues espábíleme cantando "La Internacional".

El recurso, ciertamente, no dejaba de ser atinado, puesto que "La Internacional" comienza así: "¡Alzaos, esclavos de la Tierra! ¡En pie, famélica legión!".

TWAIN (Mark)

(1883 - 1910)

Se llamaba, en realidad, Samuel Langhorne Clemens y su vida constituye una apasionante aventura. A la muerte del padre, hubo de abandonar la escuela para trabajar en los más varios oficios. Aprendiz de tipógrafo, primero, se enroló después como piloto fluvial, de cuya actividad tomaría el seudónimo de *Mark Twain* (¡marca dos!), voz de uso común entre los encargados, como él, de manejar la sonda de navegación a lo largo del río Mississippi. Fue también buscador de oro y durante algún tiempo viajó por Europa y Tierra Santa.

Cobró rápida fama, a un lado y a otro del Atlántico, por sus narraciones breves, en las que campea ese humor bonachón y chispeante que a todos nos ha hecho sonreír alguna vez. Pero Mark Twain no fue sólo humorista en sus libros, sino en el diario vivir.

Era ya famoso cuando una vez fue presentado, en Londres, al príncipe de Gales.

— Señor — le dijo —, tenía muchos deseos de volver a veros.

— ¡Cómo! — se extrañó el príncipe —.



¿Acaso nos habíamos visto antes de ahora?

— Sí, hace algunos años. Su alteza iba presidiendo una procesión, y yo, colgado de un tranvía.

Ni en las circunstancias más solemnes deponía esta actitud bufonesca. Cuando una vez, el médico, seriamente preocupado por la salud del escritor, le aconsejó que dejase de fumar, Mark Twain respondió:

— ¡Pero si apenas fumo, doctor! Dormido, ni me acuerdo del tabaco, y si es despierto, se lo juro, jamás he fumado dos cigarros a la vez.

TYCHO BRAHE

(1546 - 1601)

Danés de origen, su nombradía como astrónomo viene asociada al intento de explicar el sistema planetario sobre base astrológica; esto es, considerando a la Tierra como astro inmóvil en torno al

cual giraban la Luna y el Sol, en tanto que los demás planetas lo hacían alrededor del Astro Rey. Débensele, no obstante, positivos descubrimientos, en mérito a los cuales el rey Federico de Dinamarca puso a su disposición la isla de Hveen, así como los medios necesarios para levantar un observatorio astronómico, en el que Tycho Brahe trabajaría durante largos años.

A la muerte de Federico, marchó a Praga, y junto a Kepler, a quien tuvo por discípulo predilecto, prosiguió ahincadamente los estudios astronómicos. El emperador de Alemania, Rodolfo II, residía por entonces en aquella ciudad. Era muy amante de las artes y las ciencias, y distinguió al sabio danés con su amistad. Solían incluso pasear juntos, y un día, yendo ambos en la carroza real, Tycho Brahe se sintió repentinamente acometido de apremiantes ganas de orinar. No se atrevió, empero, a manifestárselo al monarca, y a poco, como consecuencia de la retención urinaria, tuvieron que llevarse con urgencia, pero ya sin humano remedio.



Falleció de las resultas, y el epitafio que perpetúa su memoria dice así:

Yace aquí el que, poseyendo las más altas ciencias, sucumbió a las conveniencias.

VALENTINIANO III (Flavio Placidio)

(419 - 455)

Hijo de Constancio III y de Gala Placidia, obtuvo la púrpura imperial en el año 425; pero, entregado a los placeres, delegó las tareas de gobierno en el conde



Bonifacio, de infausta gestión. Valentiniano no tenía hijos varones, pero sí una hija, con la que Ezio, su general más distinguido y vencedor de Atila, pretendía desposar a su hijo Gaudencio. Valentiniano, en lo íntimo, no era gustoso de aquel compromiso matrimonial, y al enterarse del fallecimiento de Atila, invitó

a Ezio a palacio y él mismo, de propia mano, le atravesó el corazón con la espada.

Nadie se conmovió en palacio ante tamaño rasgo de ingratitud. Solo un bufón de la corte se atrevió a decirle al César:

— Ignoro si has hecho bien o mal. Pero sí sé que con la mano izquierda te has amputado la derecha.

Meses después, en efecto, dos veteranos adictos al general asesinado vengaban su muerte asesinando al emperador.

VALLES (Francisco)

(1524 - 1592)

Francisco Vallés era natural de Covarrubias, en la provincia de Burgos. Fue, sin duda, el médico español más eminente del siglo XVI. Apellidado *el Di-*



vino, destacó como investigador, y sus trabajos, basados en los principios hipocráticos, contribuyeron poderosamente al descubrimiento posterior de la circulación de la sangre.

Ante la grave enfermedad que en 1580 aquejó al rey Felipe II, Vallés fue llamado con urgencia a Palacio. Llegó apresuradamente, reconoció al enfermo y dispuso que le fuese administrado sin demora un enérgico purgante. La junta de médicos que asistía al monarca puso el grito en el cielo. Perteneían todos a la vieja escuela, de base astrológica, y fundamentaban su repulsa en el hecho de que la Luna, por hallarse en contraposición, podía hacer nefasta la acción del purgante.

Sin alterarse, Vallés se acercó a la ventana de la cámara real y cerró cuidadosamente los postigos. Después, vuelto hacia sus ilustres colegas, dijo, burlón:

—Yo mismo daré tan quedito a Su Majestad la medicina que ni la propia Luna se enterará.

El rey, a poco, recobró la salud, y Vallés, en reconocimiento, fue nombrado médico principal de la Corte.

VARGAS (Getulio)

(1883 - 1954)

Nacido en São Borja (Estado de Río Grande), Getulio Vargas fue tal vez el político de acción más relevante en la historia contemporánea del Brasil. Hombre de convicciones liberales, ostentó durante tres períodos distintos la presidencia de la República, dio al país una nueva Constitución y favoreció decisivamente los movimientos obreristas. Por causas desconocidas, pondría fin a su vida en un dormitorio del palacio presidencial.

Extremadamente cordial, Vargas tenía fama de quedar bien con todo el



mundo. Un día, en presencia de su esposa, recibió sucesivamente a dos visitantes que, por curiosa coincidencia, venían a plantearle una misma cuestión, aunque con tesis opuesta. A ambos, por turno, les dio la razón. Y cuando más tarde, la esposa, escandalizada, le reprochó tan equívoca conducta, arguyendo que en modo alguno podían tener razón los dos visitantes, Vargas se quedó pensativo un momento y por último dijo con gran afabilidad:

—Pues es verdad, querida. Tienes razón.

VENDÔME (Duque de)

(1594 - 1665)

Era hijo natural de Enrique IV de Francia, quien, tras legitimarle, le otorgó el ducado de Vendôme y después el gobierno de Bretaña. Permaneció adicto al



cardenal Mazarino, peleó con bravura contra los hugonotes y en 1653 reconquistó Burdeos.

En cierta ocasión, a su paso por el distrito de Compigne, hubo de alojarse en un mesón llamado de *Los Tres Reyes*. El hijo del mesonero era licenciado en Leyes y, como tal, se creyó autorizado para cumplimentar al distinguido huésped. Se fue hasta él, y cuando el regio personaje le preguntó quién era, respondió el letrado:

— Soy el hijo de *Los Tres Reyes*, señor.

A lo que Vendôme, regocijado, le contestó socarronamente:

— ¡De los tres reyes! ¡Ahí es nada! Pues yo, señor, lo soy sólo de uno. Conque sentaos, que bien merecéis todo honor y respeto.

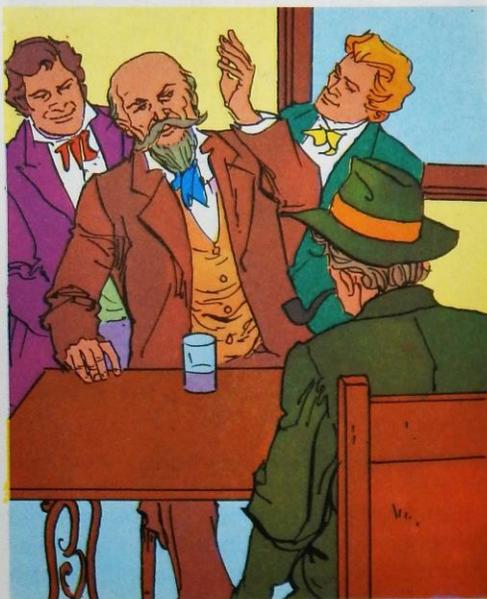
VERLAINE (Paul)

(1844 - 1896)

Bohemio, alcohólico, a menudo cínico, pero dotado de una sensibilidad exquisita, Verlaine fue uno de los más grandes líricos de Francia. Arrastró una

vida llena de estrecheces y, aunque mereció ser elegido príncipe de los poetas, su entrega al alcoholismo le acortó lamentablemente la vida.

Una noche, rodeado de admiradores en su café favorito, éstos le pidieron que recitase uno de sus poemas más celebrados, *El pobre Gaspar*, cuyo último



verso decía así: "¡Rogad todos por el pobre Gaspar!" Y Verlaine, que, como de costumbre, además de borracho, estaba sin blanca en el bolsillo, accedió a complacer al auditorio, pero acomodó así el verso final:

— ¡Pagad todos por el pobre Gaspar!

VILLA (Pancho)

(1887 - 1923)

Su nombre real era Doroteo Arango, pero seducido por las hazañas de un antiguo bandido mexicano llamado Pancho Villa, adoptó este segundo



nombre y por él sería conocido hasta su muerte.

Personalidad seductora a los ojos del campesinado, alzó un ejército irregular considerable y durante mucho tiempo trajo en jaque a las propias fuerzas constitucionales. Audaz, sanguinario, pero a la vez afable y liberal, la historia de este hombre —mitad político, mitad bandolero— es un muestrario increíble de bestialidades y de rasgos insignes.

Una vez, hallándose con su hueste en un apeadero de ferrocarril, le anunciaron, con apremio, que un tren abarrotado de soldados regulares avanzaba a su encuentro. Junto a ellos había un convoy estacionado en dirección opuesta, y Villa, sin titubear ordenó al maquinista que lo pusiese en marcha.

—¿Vamos a ir contra ellos, padrecito? Mire que nos doblan en número.

—Y qué. No iremos nosotros —contestó fríamente el cabecilla—; irá el tren solo.

Y, en efecto, el tren, vacío y con los mandos apostados, marchó derecho a estrellarse contra el convoy que venía.

VOLTAIRE (Francisco María Arouet)

(1694 - 1778)

Fue, sin duda, uno de los escritores más brillantes de la Ilustración francesa. Polemista terrible, poeta, autor dramático, teorizante filosófico y dueño, sobre todo, de una mordacidad refinadísima, hubo de expatriarse varias veces para escapar a la persecución de las autoridades de su país.

Aun cuando su salud era endeble, vivió ochenta y cuatro años, y a este propósito solía decir, en chanza, de sí mismo:

—Tengo todas las enfermedades; pero mientras se discute cuál de ellas acabará conmigo, voy tirando.

Era soberbio, muy pagado de su ingenio y poco o nada amigo de aplaudir el mérito ajeno. Por Juan Jacobo Rousseau sentía particular aversión. Y una vez que asistió a la lectura de una oda del autor ginebrino titulada *A la posteri-*





dad, comentó ante los amigos que le rodeaban:

– Mucho temo que esta oda no llegue jamás a su destino.

Sañudamente irreligioso, cuando un día le preguntaron si había leído a los Padres de la Iglesia, respondió:

– Sí, pero me las pagarán.

WAGNER (Ricardo)

(1813 - 1883)

Este hombre, uno de los genios musicales de la Humanidad, fue también poeta, crítico y pensador relevante. Había estudiado Humanidades en Dresde, su ciudad natal, así como piano, violín y contrapunto. Pero su extraordinario genio iba a romper pronto con los viejos moldes, sustituyéndoles por otros de concepción personal grandiosa, que en un principio y por bastante tiempo tropezarían, sin embargo, con la hostilidad de sus contemporáneos.

“Nunca entenderé esa música”, decía Rossini. “Es cosa de locos”, opinaba despectivamente Giuseppe Verdi.

Cuando en 1839 estuvo en Francia, deseoso de abrirse paso en este país, lo hizo con una carta de recomendación para el también insigne músico alemán



Mayerbeer, el cual a su vez le dio otra, ésta dirigida al director de la ópera de París. Con evidente indelicadeza, Meyerbeer se la dio cerrada, porque el texto decía así: “Querido amigo: arréglate como puedas para sacudirte a este imbécil”.

WALDORF-ASTOR (William)

(1864 - 1912)

Hace bastantes años, una noche llegó a Filadelfia, procedente de Nueva York, un matrimonio cuya esposa se hallaba seriamente indispueta. Buscaron hotel

donde alojarse, pero la cosa se les puso cuesta arriba. Al fin, dieron con uno, muy humilde y también completo, pero cuyo encargado, al conocer el estado de la señora, dijo solícitamente:

—Dadas las circunstancias, les cederé mi propia habitación.

Se acomodaron, sin más, apresuradamente, pero a la mañana siguiente el misterioso huésped buscó al encargado para decirle:



—Es usted el hombre que necesito. Me propongo construir en Nueva York un hotel de gran rango y desearía que usted lo dirigiese. Si le interesa, pues, mi proposición, manténgase en contacto conmigo.

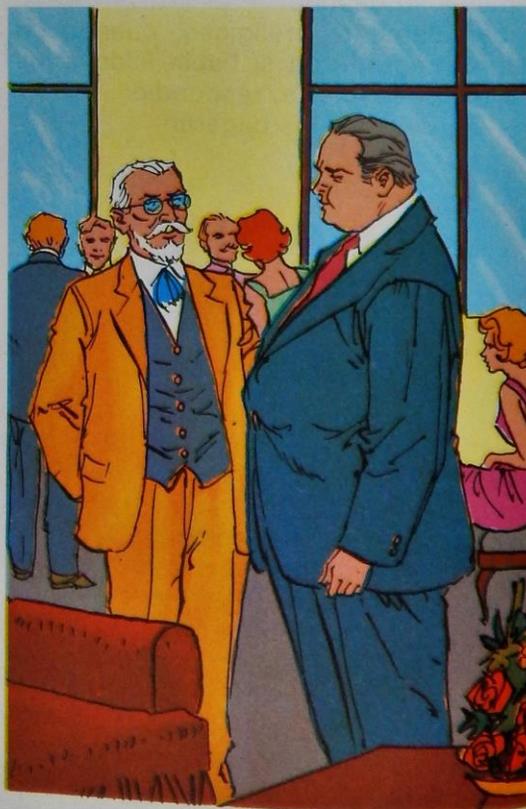
El huésped se llamaba William Waldorf-Astor y cumplió su palabra. De tal manera que el oscuro encargado de un hotelito arrabalero de Filadelfia se convertiría poco después en el famoso gerente del hotel más encopetado del mundo.

WELLES (Orson)

(1915)

Notable figura del cine norteamericano, Orson Welles reúne en sí tres dimensiones por igual descollantes: escritor, actor y director. Se hizo famoso a raíz de un programa radiofónico basado en la novela *La guerra de los mundos*, de Herbert G. Wells, realizado con tan impresionante cerismo que causó el pánico en multitud de radioyentes. Injiciado después en el mundo del cine, su primera película, *El ciudadano Kane*, está considerado como uno de los mejores filmes de todos los tiempos.

Pasada su primera juventud, Welles engordó notablemente, lo que no contribuyó ciertamente a favorecer su carácter, inclinado a la aspereza. Tanto, que un día, en ocasión de saludar al famoso



actor francés Sacha Guitry, éste le dijo, sorprendido:

—Le encuentro a usted muy grueso. Cuando camina parece que se dispusiese a caer sobre alguien.

Aunque mortificado, Orson no respondió; pero poco más tarde, cuando Sacha departía risueñamente acerca de los trogloditas y sus hábitos, el realizador dejó el asiento y dijo con sequedad:

—Perdóneme, pero no tengo tiempo para escuchar sus recuerdos de juventud.

WELLINGTON (Duque de)

(1769 - 1852)

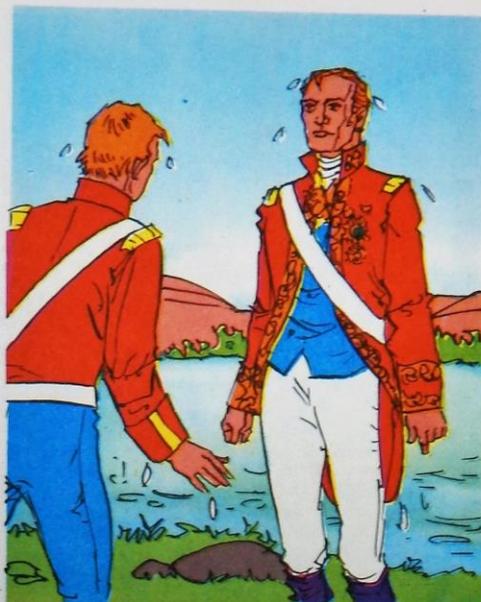
“Estos españoles hacen sus ejércitos con una cosa que llaman entusiasmo...”

Así escribiría, no sin desdén, durante su campaña por tierras de España, este general irlandés que el Gobierno de Su Graciosa Majestad había enviado a la península para oponerse a los ejércitos de Napoleón.

Venía de la India, cargado de honores y medallas, y su rígida formación castrense jamás llegaría a comprender el talante de nuestra raza. Sin embargo, luchó con eficacia, justo es reconocerlo, y las tropas, bajo su férrea dirección, infligieron decisivas derrotas al ejército invasor.

Wellington era un hombre inflexible y glacial, que no gozaba en absoluto del afecto de sus soldados. Tanto, que una vez, en ocasión de ser rescatado de un río al que, por accidente, se había caído, el soldado salvador le pidió por toda recompensa que no divulgase el hecho, pues de otro modo —dijo— le arrojarían a él sus compañeros y no habrían quien le salvase.

Pero la muestra más expresiva de rigor de este hombre, que poco después derrotaría al propio Napoleón en Wa-



terloo, se produjo con motivo del pillaje perpetrado cierto día, en un convento, por algunos soldados de un regimiento de Lanceros. Inflamado de cólera, hizo formar al regimiento y dio esta orden histórica:

—Desde hoy y durante un siglo, el 12 Regimiento de Lanceros permanecerá cada noche en posición de firmes mientras la banda regimental ejecute ininterrumpidamente los siguientes himnos: el nacional, el español, el ruso, el del Príncipe de Gales y el toque de retreta.

Fallecido Wellington, la orden se mantuvo en vigor y no prescribió hasta su límite, en 1912.

WELLS (Heribert G.)

(1866 - 1946)

Heribert George Wells, considerado como el Julio Verne inglés, tuvo origen muy humilde. Hizo sus estudios con beca y, tras graduarse en Biología al lado



WEYLER (Valeriano)

(1838 - 1903)

Valeriano Weyler era mallorquín, aunque de ascendencia prusiana. Dedicado a la carrera de las armas, participó con brillantez en todas las acciones bélicas del último cuarto de siglo español (Cuba, Filipinas, Africa), y en la península desempeñó por tres veces el Ministerio de la Guerra. En premio a sus excepcionales méritos, fue ennoblecido con los títulos de marqués de Tenerife y duque de Rubí y encumbrado al grado de capitán general.

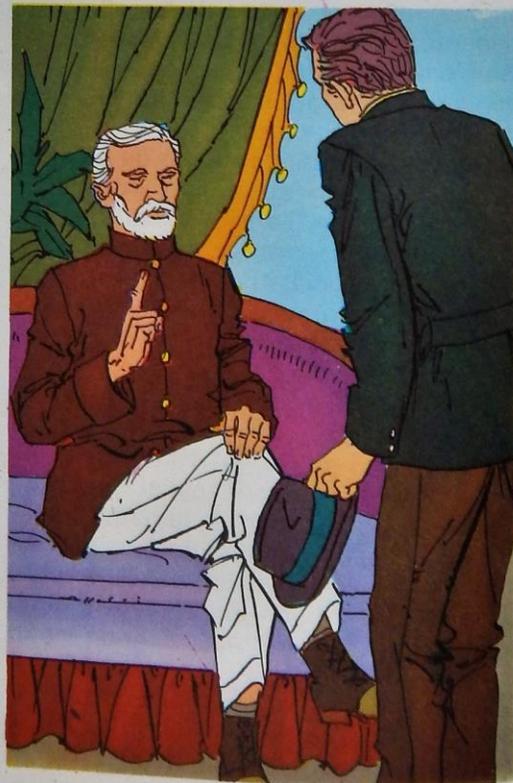
Era, sin embargo, hombre sencillo, de gran campechanía y tan ocurrente como enérgico. Cuando, una vez, durante la campaña de Cuba, oía lamentarse a cierto oficial, muy grueso él, de que los insurrectos hubiesen interceptado un

del eminente Huxley, se consagró por entero a la actividad periodística y literaria. Sus relatos cortos son verdaderos modelos del género, si bien la fama había de llegarle a través de las novelas largas de ciencia-ficción —*La máquina del tiempo*, *La guerra de los mundos...*—, obras éstas donde Wells, con intuición formidable y sólida base científica, traza cuadros de impresionante realismo.

Pero Wells poseía, además, una excelente vena satírica, muy afín, por otra parte, a la de sus compatriota J. Swift, el autor de *Los viajes de Gulliver*. En sus comienzos había fundado, junto con su amigo Henley, una modesta publicación, *New Revue*, de tan cortés tirada que sólo llegaron a contar con un suscriptor.

Cierto día, mientras se hallaban ambos amigos en la ventana, vieron pasar a un entierro. Wells arrugó el entrecejo y comentó sombríamente:

—Confiemos en que no sea nuestro suscriptor...



convoy de víveres, le atajó abruptamente:

—No te preocupes. Cuando nos falte el arroz, te comeremos a ti.

Fue también célebre por su tacañería. Jamás daba propinas, y a su propio hijo, cuando una vez le pidió cierta cantidad de dinero para comprarse unas camisas de dormir, le respondió chacotera-

mente:
—¡Camisas de dormir! ¡Qué estupidez! Para dormir, hijo mío, lo único que hace falta es tener sueño.

WILDE (Oscar)

(1856 - 1900)

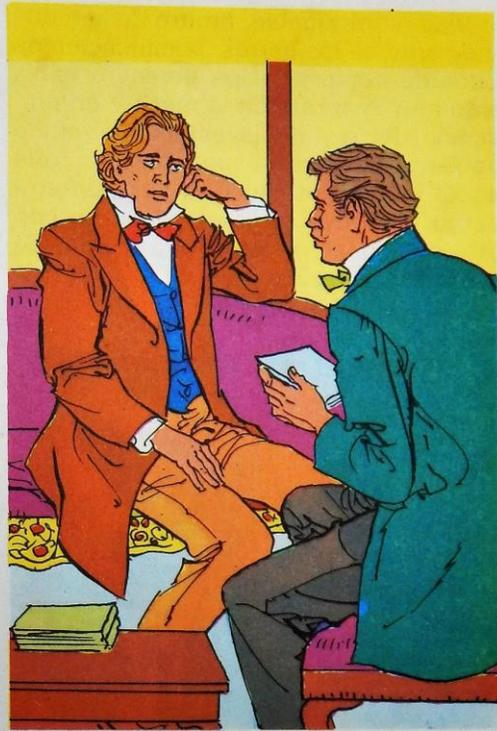
Aunque nacido en Irlanda, su brillante carrera literaria como poeta, novelista y autor de teatro, se desarrollaría en Inglaterra, país en el que iba a obtener, a partes iguales, la celebridad y el infortunio. Hombre de raro ingenio, cultivó la sátira y el endiosamiento personalista como formas de actitud permanente, lo que si por un lado contribuiría a cimentar su fama, por otro acabaría por arruinarle física, moral y económicamente. Difamado por el marqués de Queensberry, entabló con éste una ruidosa querrela, de resultados de la cual había de ingresar en prisión por espacio de dos años.

En sus días de triunfo, había viajado a los Estados Unidos con el fin de dar algunas conferencias en aquel país. Cuando, en la aduana, el vista le preguntó si tenía algo que declarar, respondió que sólo una cosa: su talento.

En otra ocasión, contestando a una encuesta en la que cierto periódico inglés le solicitaba la enumeración, a título personal, de los cien mejores libros del mundo, respondió:

—A eso no puedo contestar, puesto que de momento sólo tengo cinco libros escritos.

Conservó esta vena de exaltado divismo hasta los últimos instantes de su vi-



da. Moribundo ya, en un ruin hotelucho de París, como oyese al médico que le asistía y a su fiel amigo Robert Ross concertar, con cargo a ambos, los gastos del entierro, entreabrió los ojos para murmurar:

—Muero por encima de mis medios.

Su ruina, por lo demás, era, en efecto, total.

WINDSOR (Duque de)

(1894)

Primogénito de Jorge V, a la muerte de éste, en 1936, fue coronado rey de Inglaterra, con el nombre de Eduardo VIII, aunque por pocos meses. Estaba enamorado de una dama norteamericana y renunció al trono para casarse con ella y ostentar desde entonces el simple título de duque de Windsor.

Viajero infatigable, árbitro de la moda y amante de los perros, la educación de Eduardo como príncipe heredero había sido muy estricta. En la mesa y en presencia del rey no le estaba permitido hablar sino para responder a lo que aquél le preguntase. Una vez, sin embargo, mientras su padre departía con otro comensal, de improviso el príncipe osó apenas decir:

— ¡Señor...!



WRIGLEY (William)

(1933)

Nacido en Chicago, se graduó en la Academia de Deerfield, y en la actualidad, pese a su juventud, ostenta la dirección del trust más importante del mundo en la fabricación de goma de mascar.

Viajando una vez en avión, cierto pasajero, que se sentaba a su lado, acertó a reconocerle y le dijo, oficioso:

— No comprendo, mister Wrigley, cómo sigue usted gastándose anualmente tal cantidad de millones en publicidad, cuando sus productos son de sobra conocidos.

El "Rey de chicle" reflexionó un instante y después dijo:

— ¿A qué velocidad calcula usted que vuela este aparato?

— Pues... no lo sé — repuso, sorprendido, el acompañante —. Tal vez a trescientas millas por hora.

— Bien — añadió entonces Wrigley —. ¿Por qué el piloto no para los motores y fía al solo impulso que llevamos la llegada del aparato a su destino?



Sin interrumpir su conversación, el rey alzó una mano para imponerle silencio. Siguió comiendo y sólo después, cortando momentáneamente la plática con el otro comensal, se dirigió al príncipe:

— Sabes que no debes hablar mientras no se te pregunte. Y ahora dime: ¿qué deseabas?

— Ya nada, señor — respondió, contentado, el príncipe de Gales —. Sólo quería advertiros de que había un gusano en vuestra ensalada.



colección ¿quién fue?



TEXTOS: LUIS JUNCEDA
ILUSTRACIONES: GRAU
Ref. 281 - 8

COPYRIGHT 1978 SUSAETA, S.A.
Dépósito Legal: M. 22.672-1978
I.S.B.N.: 84
P.